

social más encumbrada; las águarden-terías ocasionales profusamente repartidas en los puntos de fiesta, no dejaron de tener en todos los minutos plétora de parroquianos; y los carruajes siempre llenos de señoritos, de campesinos y de obreros, paseaban embanderados por la ciudad la holgura nacional.

¿Dónde está pues, la miseria que nos atisba?

Luego nuestro pensamiento comenzó á dolerse de la falta absoluta de educación artística de nuestro pueblo.

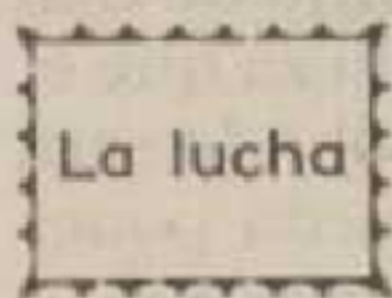
Años hace—estábamos pequeños—cuando ocurrió aquí la huelga de los trabajadores italianos, tuvimos una impresión dulcísima que aún sacude nuestro ánimo con el temblor de las felices emociones.

Mientras las patrullas de obreros engañados discurrían por la ciudad casi hambrientos, recibiendo los obsequios de la conmiseración, altos coros de voces educadas en el placer del canto llenaban de armonías el ambiente. Bajos, tenores y barítonos, de todo se oía con pujante claridad en aquellos conciertos errantes con que un pueblo de artistas acreditaba aquí su orgullo en la garganta de sus trabajadores más humildes.

Nuestra gente, en cambio, grita con largas modulaciones de bestias enceladas. La expansión de sus pechos no conoce otra forma. No excluimos, por supuesto, de la regla á los señores de levita y de bombín, los cuales hacen en estas horas de regocijo público los más repugnantes actos de nivelación con la rufianería que aparentan desdeñar en días normales.

Todas, todas estas consideraciones iban pasando como sombras de tempestad por nuestra frente; y ya nos disponíamos á confortar el ánimo con la esperanza de que á mejorar estas condiciones actuales vendrá el *Orfeón obrero* que con el inquebrantable entusiasmo artístico que es suyo fundó y sostiene el señor Vargas Calvo, cuando la última bocanada de dolor nos hizo retirarnos de la ventanilla que nos servía de observatorio. A nuestra

vera habían pasado, en descompuesta patrulla, aullando su justa rabia trocada sin motivo en alegría... ¡los redentores literarios de la inopia!



Los que hablan de *la lucha por la vida* con la arrogante inconsciencia con que aquí se habla tantas cosas, es posible que no hayan parado mientes en el preciso lugar en que esa frase pudiera tener alguna racional aplicación.

Al revés de lo que muchos creen, no es el derecho á vivir lo que á uno le disputan aquí los elementos naturales y las fuerzas artificiales de la coacción social. Hasta los inválidos hacen entre nosotros el pedazo de vida que les cupo en suerte soportar, sin grandes desazones. Hasta los hombres robustos, cuyos brazos permanecen inactivos cuando toca sus dianas el trabajo.

No tenemos frío, no tenemos calor. En el clima primaveral que enerva nuestras fuerzas, se producen casi todos los frutos de la tierra. El suelo no tiene que esperar, dormitando, el paso de los rigores de la estación; una producción no interrumpida á pesar de la desidia con que se la aprovecha, hace innecesarios los graneros. La comunidad de bienes, tácitamente establecida en el país—no por virtud de ideas preconcebidas é inteligentemente aceptadas sino por un espíritu innato de rapiña—hace que nadie tenga que sufrir las punzadas del hambre. Y precisamente de esa enorme facilidad para la vida, que en sí no lleva estímulo alguno para la actividad, nace la verdadera lucha, la lucha contra la inercia criolla, que esteriliza entre nosotros los más apreciables brotes de la iniciativa individual.

Quien va á su zapatero ó á su sastre á encargarse unas prendas, ya puede estar seguro de que durará un mes, gastado en reclamos inútiles, para obtener lo que ha deseado. A veces, al cabo de ese tiempo y de ese afán, le sirven con algo bien distinto de lo que se había propuesto conseguir. El campesino jornalero prefiere muchas veces que-